

— La vieja no toma el camino de la calle de Notre-Dame-des-Champs, según me parece.

— Probablemente teme ser espiada, y da una gran vuelta, dijo el otro.

— En ese caso, sigámosla, dijo el primero.

— Sigámosla, repitió el segundo.

Y siguieron á la nodriza á unos quince ó veinte pasos de distancia.

La vieron llegar al hotel Courtenay.

Después penetró en el interior.

Como no se les había prevenido más que detener la carta que llevase á la calle de Notre-Dame-des-Champs, los dos hombres en lo que menos pensaron fué en echarse sobre ella en medio de la calle de Varennes.

Se retiraron del hotel y empezaron á reflexionar.

— No hay duda ninguna que ha venido á desempeñar alguna comisión, y en cuanto salga del hotel se irá por la parte del boulevard Montparnasse.

— Es probable, contestó el otro.

Después de unos cinco minutos, vieron á la nodriza volver á tomar exactamente el mismo camino que había llevado y entrar en el hotel de Lamothe-Houdón.

— Golpe inútil, dijo el primero volviendo á colocarse en su primera posición que tenía en el boulevard.

— Vamos á otro, continuó el segundo al mismo tiempo que iba á colocarse en la calle Plumet.

## CAPÍTULO V.

### EN QUE LA PROVIDENCIA EMPIEZA Á SUSTITUIR Á LA CASUALIDAD.

Veamos lo que pasaba en casa de Petrus mientras los unos y los otros se ocupaban de él con tanta solicitud.

Bordier llegaba á la calle de Notre-Dame-des-Champs en el momento mismo en que la princesa Regina recibía la carta de Petrus, simplemente puesta en el correo á las once de la mañana.

Petrus naturalmente no estaba en su casa; Bordier, por lo tanto, no encontró más que al criado.

— ¿El Sr. Petrus Herbel? preguntó.

— Ha salido en este momento, contestó el criado.

— ¿Y á qué hora le esperáis?

— De un momento á otro.

— Pues tomad esta carta. Es de la más alta importancia el que no se la entreguéis más que á él mismo.

— Está bien.

— Apenas vuelva se la daréis.

Bordier entregó la carta y se retiró.

Al volverse, tropezó con una persona.

— Tened cuidado, amigo, dijo altivamente el secretario.

Mr. Bordier daba en mal lugar, tropezaba precisamente con Salvador.

Salvador, al ver en el segundo piso un hombre embozado hasta los ojos, miró al que le había tropezado.

— Vaya con el hombre de la capa, dijo, vos erais quien debíais ir con cuidado.

— Yo no tengo que recibir lecciones de un hombre como vos, dijo desdeñosamente Bordier.

— Es posible, dijo Salvador colocando su mano en el cuello del secretario de Mr. Rappt, descubriéndole la cara con aquel movimiento; pero como vos no me habéis pedido excusas, yo no os las puedo dar.

— ¡Pillo! murmuró Bordier entre dientes.

— ¡Oh! no existen más pillos en este mundo que los que se tapan para no ser reconocidos y que á pesar de sus precauciones se les conoce, Mr. Bordier, dijo Salvador cogiéndole los brazos de tal modo que no pudo evitar el quejarse con cierto gesto de dolor.

— ¡Eh! caballero, dejadme, que me hacéis mal.

Y procuró con dos ó tres movimientos desasir sus brazos, pero estaban cogidos con una tenaza.

Salvador tuvo compasión.

— Me doy por satisfecho, dijo; id en paz, y no provoquéis más.

Bordier no dejó que se le repitiese esta indicación por dos veces, y se precipitó por las escaleras que bajó cuatro á cuatro ganando la puerta de la calle, mirando hacia atrás no fuera que se le persiguiese.

Salvador entró en casa de Petrus preguntando:

— ¿Qué diablo ha venido hacer aquí ese hombre?

— ¡Ah! ¿sois vos, Sr. Salvador? dijo el criado: Mr. Petrus no está en casa.

— Lo sé, dijo Salvador, dame su llave y sus cartas; Petrus no volverá probablemente hasta dentro de tres días.

Salvador, provisto de su llave y sus cartas, entró en el despacho.

Tal vez se considere demasiado familiar el proceder de Salvador, respecto de su amigo Petrus, si no nos apresuramos á dar explicación de él.

No teniendo Petrus, como sabemos, ningún secreto para Salvador, le que sabia perfectamente el criado del primero, le habia escrito al mismo tiempo que á la princesa Regina.

Hé aquí lo que contenia esta carta:

« Mi querido amigo:

» Tengo que quedarme por algunos días al lado del lecho de mi tío que se encuentra enfermo de peligro.

» Desearía que al recibir la presente pasaseis á mi casa y que hicieseis por vuestro amigo lo que vuestro amigo haría por vos, es decir, abrir mis cartas y contestarlas como vos creáis más conveniente.

» Me habéis dicho tantas veces que use de vuestra amistad, que sin duda me perdonaréis, estoy seguro de ello, el que abuse por esta vez.

» Anticipadamente os da las gracias,

» PETRUS. »

Salvador, instalado en su despacho, abrió las cartas.

La primera era de Juan Robert, y decia á su amigo que el drama de Güelfos y Gibelinos se pondría en escena al fin de la semana.

La segunda carta era de Ludovico; era una pastoral, un idilio en prosa, de los amores del joven con Rosa de Noel.

Gracias á sus cuidados iba cada vez mejor, y respondía de ella como de sí mismo.

La última, la que no se parecia á ninguna otra, porque el

papel era fino y perfumado, porque la letra era de mujer, pequeña y distinguida, era la carta arrancada á la princesa Regina.

Salvador no había visto nunca la letra de la princesa, y sin embargo adivinó inmediatamente que aquella carta debía ser suya.

La dió vuelta en todos sentidos antes de desenvolverla.

Abrir las cartas nada significa cuando se está autorizado para ello, pero una carta de una mujer, y sobre todo de una mujer amada, ya es un asunto grave por más que se haya recibido una autorización ilimitada.

Salvador parecía experimentar cierta especie de vergüenza al fijar su mirada en el tabernáculo en que estaba encerrado el amor de su amigo. Sin duda Petrus no había tenido presente más que las cartas que podía recibir de sus amigos, de sus enemigos ó de las personas con quienes tuviere negocios.

Pero Petrus, ¿habría previsto la carta de la princesa Regina?

No; en mi conciencia, se dijo Salvador á sí mismo, á pesar del permiso de Petrus, yo no podré abrir esta carta.

Entonces levantándose, llamó al criado.

— ¿Quién ha traído esta carta? preguntó mostrándole la carta de Regina.

— Un hombre embozado en una capa.

— ¿Es acaso el que salió cuando yo he llegado?

— El mismo, justamente.

— Gracias, dijo Salvador; podéis retiraros.

Salvador miró y remiró la carta entre sus manos.

— ¡Ah! ese es el hombre de confianza de Mr. Rapp, es Bordier quien ha traído esta carta. ¿Qué quiere decir esto? Es extraño que el secretario del marido sea quien

lleve las cartas de la mujer, sobre todo cuando estas cartas son sobre asuntos de amor.

Después, reflexionando un breve instante, dijo:

— Sí, conozco perfectamente á Petrus, está muy enamorado, y no habrá dejado de escribir á la princesa desde el lugar de su retiro; por lo tanto, no es aquí adonde debieran mandársela las contestaciones. Por otra parte, tampoco sería Bordier el encargado de las misivas. ¡Ah! esta carta es de mano de la princesa, pero estoy seguro de que debe mandarla su marido. La cuestión cambia de aspecto y me quita todo escrúpulo para abrir esta carta.

¡Ignoro por qué razón, pero me parece que descubro una serpiente entre las flores!

Veamos.

Y haciendo al mismo tiempo lo que decía, Salvador rompió el sobre adornado con las armas del conde Rapp, quien desde su matrimonio con Regina eran las de su mujer, y leyó la carta que hemos mencionado ya en uno de los capítulos precedentes.

Así como veinte abogados pudieran leer y releer un artículo del código para interpretarle cada cual según conviniera más al derecho de su parte; del mismo modo leyó Salvador la carta con objeto de descubrir de su sentido literal el verdadero espíritu que encerraba.

Ninguno que haya hecho un estudio de los caracteres dejaría de reconocer que la mano que trazaba los de aquella carta estaba temblorosa.

Además, en vano buscaba en la misiva de Regina esos términos dulces de que los enamorados se sirven con tanta prodigalidad, y al ver que no había ni uno solo, adivinó que aquella carta por una causa ó por otra había sido escrita bajo una terrible presión.

Salvador se puso á reflexionar.

Después se levantó de repente.

— No tengo en este caso más que dos partidos que tomar: ó enviar esta carta á Petrus, y esto quizá sea ponerle la muerte en la mano, puesto que podrá asistir á la cita, ó ir yo mismo en su lugar para descubrir este enigma.

Salvador colocó las cartas en su bolsillo, dió cinco ó seis vueltas por la habitación, y después de haber reflexionado el pro y el contra, resolvió asistir á la cita en lugar de su amigo.

Tomada esta resolución, descendió rápidamente desde la calle de Notre-Dame-des-Champs hacia el Sena y se trasladó á la calle de Fers, donde le esperaban ya, admirados de no haberle visto en tantas horas.

Eran cerca de las seis de la tarde.

## CAPÍTULO VI.

### LA MANO DE DIOS.

En aquella noche, á cosa de las diez, el jardín y el parque del hotel de Lamothe-Houdón, cubierto de nieve, se destacaba con cierta azulada tinta ocasionada por la claridad de la luna imitando á un lago de la Suiza.

Los céspedes relucían como perlas, los arbustos tenían cubiertas las ramas de diamantes, y del fondo de los árboles se desprendían una multitud de aderezos de pedrería.

Era una de esas claras noches del invierno en que n aún el mismo frío detiene en sus contemplaciones á los verdaderos amantes de la naturaleza.

Un poeta hubiera encontrado allí el más bello y grande objeto de contemplación. Un enamorado tendría en aquel sitio la imagen más encantadora de su ensueño.

Salvador, al llegar al boulevard de los Inválidos, y al ver aquel hermoso parque iluminado, por decirlo así, de blanco, quedó detenido por la admiración; pero aquel estado duró poco tiempo. Estaba impaciente por conocer el desenlace de aquella cita, á la cual su amigo había sido convidado, y que él había adquirido la certidumbre de ser una asechanza.

¿Cómo había adquirido Salvador esta certidumbre? vamos á decirlo.

Al retirarse de la calle de Fers, donde no había hecho más que presentarse por un momento, Salvador había vuelto á su casa. Habiendo llegado á la calle Macón, había puesto á Fresolina al corriente de la aventura.

La joven, conforme la hemos visto ya en circunstancias parecidas, se había puesto su sombrerito de tules, un abrigo de paño sobre sus hombros y se había trasladado en el acto á casa de la princesa Regina, á la cual había pedido explicación de su carta.

La respuesta de la princesa, velada por su marido, y rodeada por todos los que venían á dirigirla cumplimientos por la muerte de la mariscala, había sido breve y significativa.

Había respondido al oído de Fresolina al mismo tiempo que la abrazaba:

« He sido obligada por Mr. Rappt; que no venga Petrus, porque está en peligro. »

Y hé aquí por qué, habiendo peligro para Petrus, Salvador, el mejor de todos sus amigos, preparado y armado se había trasladado al sitio en que debía encontrarse el primero.

Después de haber dirigido una mirada á todo el parque como pudiera hacerlo un poeta al presentársele semejante espectáculo, examinó la verja, y advirtiendo que estaba completamente cerrada, se preguntó á sí mismo de qué medio se valdría para entrar.

Pero cerca estaba la pequeña puerta que conocen bien nuestros lectores; Salvador hizo girar sus goznes y la entrada se le presentó despejada.

— Mala entrada, dijo sacando de su bolsillo una pistola, que montó y que ocultó bajo su capa.

Después volvió á cerrarla, no sin haber mirado á derecha é izquierda entre el ramaje.

Después de haber andado ocho ó diez pasos, creyó ver en una de las encrucijadas de la derecha, y con dirección á la plazoleta, una forma blanca, ligera y silenciosa como una sombra y en quien reconocía desde lejos á la princesa Regina.

Iba á dirigirse hacia ella; pero prudente como un mohicano del otro lado del Atlántico, volvió la cabeza y miró también á la enramada de la izquierda.

Esta era una gran mata de lilas, atravesada por una estrecha calle, al fin de la cual con sus ojos ejercitados en la obscuridad, reconoció el rostro de una persona humana ocultándose ó procurando ocultarse detrás de un grueso castaño.

— Hé aquí al enemigo, se dijo á sí mismo poniendo el dedo en el gatillo de su pistola.

Efectivamente, era el enemigo, puesto que era Mr. Rappt,

que oculto, ó creyéndose ocultar detrás del castaño, esperaba con impaciencia la llegada de Petrus.

Á las diez había bajado él mismo con objeto de abrir la puerta de la verja y ocultarse en el sitio por donde debía pasar Herbel, cuando advirtiendo que crujía la nieve, se volvió y á tres pasos delante de él advirtió en pie, blanca é inmóvil como una fantasma, á la princesa Regina.

Desde que vió á Fresolina no estaba inquieta por Petrus, pero conocía el desinterés de Salvador y no podía tranquilizarse por la muerte de éste.

— ¿ Vos aquí? exclamó el conde Rappt al ver á Regina.

— Sin duda, respondió friamente la princesa; ¿ no habéis dicho que podía asistir á vuestra conversación con Petrus?

— Vos no habéis pensado, replicó el conde, en vuestra salud, en vuestra debilidad, y esta noche es glacial. No tengo más que decir algunas palabras á ese joven; retiraos.

— Es inútil, respondió la princesa. Yo no he escrito á Mr. Petrus más que con la condición de estar presente á vuestra entrevista, y nada del mundo me obligará á entrar en mi habitación.

— ¿ Entonces, vos deseáis absolutamente estar en el parque y asistir á nuestra conversación?

— Es un derecho que tengo, y le reclamo.

— Pues bien; asistid, pero de lejos.

— ¿ Por qué de lejos?

— Porque comprenderéis el ridículo papel que haría en vuestra presencia y la de ese joven. Cubrios con vuestro manto para evitar el frío y pasead en ese bosquecillo. No tendremos que esperar largo tiempo, porque son las diez

y media, y si la exactitud constituye la política de los reyes, es mucho más digna de observarse entre los amantes.

Después de haber dicho estas palabras, el conde condujo á la princesa al bosque de la derecha en que Salvador la había visto en el momento de entrar, y él se había dirigido á ocultarse al de la izquierda, hasta el momento en que viese llegar á Petrus.

La princesa, que no había perdido de vista á Mr. Rappt, advirtió su movimiento, y comprendiendo aunque de un modo confuso su significado, se adelantó al camino por el cual Salvador se dirigía hacia ella.

— ¡ Tened cuidado ! le dijo : ¡ tened cuidado ! el conde está allí.

Aun no había concluido estas palabras, cuando un tiro se dejó oír dónde estaba el conde.

Regina lanzó un grito y se detuvo.

La bala del conde acertó á Salvador en medio del pecho.

Sin embargo, permaneció en pie y sin moverse.

La bala se había aplastado en su placa del cargo que desempeñaba.

Al sonido metálico que había hecho la bala, y al sentir el golpe, y que sin embargo no se encontraba herido, Salvador comprendió á qué milagro debía la vida.

— Decididamente que he buscado una buena ocupación, dijo dirigiéndose hacia el conde en el momento en que éste, contra su esperanza, al verle permanecer en pie, extendía el brazo para descargar el segundo tiro.

Pero Salvador disparó primero, y el conde, después de haber procurado sostenerse en un árbol, se retiró después con lentitud, y en seguida cayó de repente en tierra.

En cuanto á Regina, al primer pistoletazo del conde

cayó de rodillas y parecía una estatua de adoración, ó más bien del espanto.

Salvador volvió á colgar su pistola en la cintura y corrió hacia ella.

— Á juzgar por el modo con que ha caído, el conde nos dejará tranquilos por algún tiempo, murmuró Salvador.

Pero advirtiéndole que la princesa, medio desvanecida, ponía sus manos en el suelo :

— Princesa, princesa, gritó levantando á la joven entre sus brazos y procurando no perder de vista el sitio donde se encontraba el conde : ¡ princesa, volved en vos !

Salvador cogió un poco de nieve en la mano y frotó con ella las sienes de Regina, quien volviendo en sí poco á poco y dirigiendo por último su mirada espantada sobre Salvador le preguntó :

— ¿ Qué ha sucedido ?

— Nada, respondió el joven ; nada de extraño que pueda causaros pesar.

— ¿ Pero ese tiro ? preguntó la princesa mirando á Salvador para asegurarse de que no estaba herido.

— Ese tiro ha sido disparado contra mí por un asesino oculto detrás de un árbol, pero no he sido herido.

— Ese hombre era el conde, exclamó Regina levantándose con precipitación y apoyándose en el brazo de Salvador.

— No lo dudaba que sería él ; pero sin embargo, no tenía completa certidumbre.

— ¿ Y qué le ha sucedido ?

Y la princesa procuraba distinguir lo que había pasado en el sitio en que estaba el conde.

— Si era verdaderamente el conde, lo siento, porque

he disparado sobre él, y supongo que no tenga como yo una placa en el pecho para que pueda protegerle.

— ¡ Oh ! Dios mío, vos le habéis muerto, exclamó Regina con terror.

— Lo ignoro ; pero en todo caso, si he causado este mal, más vale que haya sido yo el autor de él que no Petrus.

La princesa entonces recordó estas palabras del conde :  
« Si yo le mato, le perderéis para siempre ; si él me mata, vos no podréis casaros con él porque tendrá tenidas las manos con la sangre de vuestro primer marido. »

— Dios mío, continuó enjugando el frío sudor que corría por su frente, ¿ qué ha sucedido ?

— Supongo que una cosa de que estoy seguro, dijo Salvador, y es que el conde ha sido herido porque le he visto caer. Por lo demás, si vos lo permitis, princesa, iré á convencerme de su verdadero estado.

— Salvador, sin escuchar las observaciones de Regina, se lanzó por la sombría calle de la enramada á cuyo extremo había visto caer al conde Rappt.

Sin embargo, al acercarse á él, Salvador cogió y preparó su segunda pistola.

La inmovilidad del conde podía ser por cálculo de una venganza cierta.

Pero Salvador advirtió en seguida que su cara, sonrosada de costumbre, estaba lívida en aquel momento, fuera por la muerte, fuera por la palidez de la claridad de la luna ; mas observando con más detención vió que la nieve estaba manchada y empapada de sangre.

Se aproximó á él, y advirtiendo que no respiraba, le puso la mano sobre el pecho.

No respiraba... la bala le había atravesado el corazón.

— Dios tenga piedad de su alma, dijo filosóficamente levantándose.

Después, volviendo á buscar á Regina :

— ¡ Princesa, la dijo, estáis viuda !

Regina ocultó su cabeza entre ambas manos.

Y aun se encontraban en esta posición, cuando de repente se dirigió hacia ellos, como si hubiera salido de la tierra, un hombre de elevada talla que con ambos brazos cruzados sobre el pecho, y mirando fijamente á Salvador y á la joven les preguntó con una voz grave :

— ¿ Qué ha sucedido aquí ?

## CAPÍTULO VII.

### EL MARISCAL DE LAMOTHE-HOUDÓN.

Ambos reconocieron al mariscal de Lamothe-Houdón.

— ¡ Padre mío ! exclamó la princesa aterrorizada.

— Señor mariscal, dijo Salvador inclinándose.

El anciano estaba solo en su cuarto, donde acababa de escribir las últimas líneas de su testamento y de poner en él su firma, cuando oyó el ruido de las dos detonaciones.

Aquel ruido le pareció venir del jardín, y con el mismo vigor de un joven se había lanzado al parque.

Quedó petrificado al advertir en aquella hora y con aquel frío intenso á la princesa Regina frente á frente con un hombre en que por su traje creyó reconocer á un mandadero.